FABRICIO. Figúrate si es pieza de valor. Los poderes que ha dado Fernando á estos caballeros para constituirse... y que nosotros, si triunfamos, presentaremos á las Cortes en testimonio de...

BERENG. (Indignado). Yo no puedo pedir á Susana eso. Semejante infamia es impropia de ella y de mí.

FABRICIO. ¿Ves? No nos sirve...

VALERIO. No es infamia... es un servicio político. La santidad de la idea es el Jordán que todo lo limpia.

BERENG. Me he contratado de revolucionario, de guerrillero, de asesino, si queréis; pero no de ladrón de papeles.

FABRICIO. ¡Qué tontería!

VALERIO. (Colérico). Berenguer, mira lo que dices.

BERENG. Lo he mirado bien.

BONAIRE. (Que ha estado vigilando por el fondo). Ahí está la niña. Viene con Blasa. (Vuelve al foro).

VALERIO. ¡Si es un acto político como otro cualquiera!...

BERENG. No...

BONAIRE. Han entrado en el hospital para hacer que visitan á los heridos. No tardará la niña en aparecerse por ahí...

VALERIO. Vámonos...

BERENG. (Acercándose á la puerta derecha y tratando de ver el hospital). Quizás no pueda pasar aquí... No se atreverá.

VALERIO. Hay que vigilar á este hombre.

FABRICIO. Yo me encargo... Veré y oiré.

VALERIO. Yo vuelvo al instante. Voy á la muralla. Bonaire, ven.

BONAIRE. A tus órdenes, Gran Maestre. (Vanse San Valerio y Bonaire. Fabricio se va también; pero en distintos momentos de la escena que sigue se le ve aparecer tras el esquinazo de la izquierda, vigilando).

ESCENA X

BERENGUER; luego, SUSANA

BERENG. ¿Vendrá? No sé si lo temo ó lo deseo... (Con desesperación). ¡Dios, Dios, cómo has hecho al hombre, cómo me has hecho á mí! No me conozco, no sé quién soy, pues amo

á esa mujer con el mismo corazón, con la misma alma con que aborrezco su nombre y su raza. ¡Ah!... aquí está.

SUSANA. (Aparece en la puerta y examina inquieta toda la escena antes de avanzar). Berenguer... (Imponiendo silencio). Pst... mucho cuidado esta noche...

BERENG. Cuidado, siempre.

SUSANA. Mi primo, el General Caraculiambro, como tú dices, ha mandado vigilarme... ¿Nos verá alguien, Berenguer?

BERENG. No creo...

SUSANA. Y si nos ven y nos oyen...

BERENG. Pues nada.

SUSANA. Dirán: ¡cuánto se quieren esos!... Verás lo que he tramado para venir aquí. Mis tías están en San Roque. Su orden de no salir de casa se acata, pero no se cumple. Me echo á la calle pensando en que hace mucha falta mi presencia en los hospitales, y decido empezar mi visita por este. Ahí he dejado á Blasa de guardia, para que me avise en cuanto la cara de alguna de mis tías aparezca en el horizonte visible.

BERENG. ¡Ay, Susana! tus mentiras, como inventadas por el amor, son graciosas, inocentes, y no dejan rastro en nuestro espíritu. Otras hay que lo agobian con pesadumbre irresistible...

SUSANA. ¡Tétrico estás!... Berenguer, me causas miedo... Y no puedo menos de relacionar esas tristezas tuyas con algo que... ¿te lo digo?

BERENG. Dímelo.

SUSANA. Mira que es muy grave. Yo no lo he creído, no. No he hecho más que asustarme.

BERENG. Dilo pronto.

SUSANA. Pues sospechan que tú... Mi primo, ese loco sanguinario, es el que lo ha dicho al secretario de Hacienda... á mi tío y al Arzobispo.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Un embuste ridículo... Pues que tú... Sospechan que tú no eres lo que pareces, y que bajo el antifaz que te has

puesto para engañarnos, se esconde el patriota exaltado, el jacobino furibundo. ¡Dios mío, qué noche he pasado, atormentándome con la idea de que resultara verdad, y que te descubrían, y á los cinco minutos te fusilaban sin compasión. No quiero decirte que me fusilaban también á mí.

BERENG. A ti, ¿por qué?

SUSANA. Porque sí... Abrazándome á ti en el momento de... las mismas balas nos atravesaban á los dos.

BERENG. ¡Corazón generoso y amante, no te merezco! Dime, Susana; respóndeme con plena conciencia: si lo que sospecha tu primo fuera verdad...

SUSANA. ¡Oh!... (Asustada). ¿Qué dices?

BERENG. No te asustes, y respóndeme. Si yo fuera tal como cree ó aparenta creer tu primo, ¿me querrías lo mismo?

SUSANA. (Vivamente). Pero como no es...

BERENG. Responde, te digo.

SUSANA. (Reflexionando). Pues... en ese caso... (Decidiéndose). Te he dado mi corazón, y no podría volver á tomarlo aunque quisiera. Si fueses traidor, yo sería traidora, y los dos correríamos la misma suerte.

BERENG. ¡Oh! ¡Bendita mujer, por más que busco y revuelvo en tu alma, no encuentro en ella ni un punto en que pueda fundarme para dejar de quererte!

SUSANA. (Confusa). ¿Qué quieres decir?

BERENG. Óyeme; (Con gran entereza). lo que sospecha ese hombre (Pausa; ambos se miran aterrados)... es verdad. (Susana se queda inmóvil y como petrificada. Retrocede mirando á Berenguer sin poder articular palabra). Sí... Este secreto no cabe en mí. Quiere salir. (Con horrible angustia). ¡Oh, Dios, cuánto padezco! El secreto y el amor se pelean dentro de mi alma, y destrozándose me destrozan, y mordiéndose me muerden á mí... (Airado contra sí mismo, se golpea).

SUSANA. (Trémula). ¡Ay de mí!

BERENG. ¿Tiemblas?

SUSANA. Me muero. (Cae desfallecida en el banco y se cubre el rostro).

BERENG. Sí... Aparta de mí tus miradas, porque verías en mi rostro la infamia de olvidar á los míos por quererte. Desatada en mí la verdad, lo diré todo, aunque tu alma se desgarre en la desesperación como la mía. Víctima fuí de la facción sañuda que representas tú y tu familia. He venido aquí con engaño para ser lo que fuísteis con los míos, falaz primero, después brutal, sanguinario; he venido á castigar la iniquidad con iniquidad, los crímenes con crímenes. Triste condición de la humanidad... ya ves... Que no siente verdaderamente la justicia sino por la venganza... (Con amargura). Y si la venganza no existiera, ¡qué poca, qué poca justicia habría en el mundo!

SUSANA. ¡Oh, qué horrible! Pero yo, Dios mío, ¿qué culpa tengo?

BERENG. (Acercándose á ella) Ninguna. La fatalidad ha inventado esta burla, este sarcasmo...

SUSANA. (Vivamente). ¿Qué?

BERENG. Que tú seas buena. Fatalidad, no. La Providencia ha querido que por tus ojos, más que por los míos, vea yo la infamia de mi falsedad al entrar aquí. El amor hace estos milagros. Pero no acaba, no, de cegar el abismo. Cuando más descuidados estemos, saltará una ocasión, un incidente, que haga revivir aquel pasado terrible, y nos espantaremos, tú de considerar quien soy, yo de considerar quien eres. (Muy inquieto). Susana, perdóname mi engaño. Somos incompatibles... Si odiosa es la venganza, ignominioso es que yo te quiera... Aléjate de mí... Muramos el uno para el otro... Tú puedes aún consolarte y ser feliz... Para mí no hay consuelo... ni más solución que la muerte...

SUSANA. ¡Qué obcecación! Y ese odio á mi padre y á mi familia, ¿no puede ser infundado? ¿Quién te dice que no hay en ello error, falsas historias?...

BERENG. No; no son falsas... son historias reales, vívidas. Las han presenciado estos ojos, que ahora reproducen imágenes sangrientas, (Cerrando los ojos). horrores que veo cuando no quiero verlos... (Desechando una imagen). No

quiero, no... Yo he visto á mi padre caer, atravesado el pecho, en la masía de Clariá, á donde fué conmigo y tres servidores nuestros con objeto de rescatar á mi hermana, burlada y prisionera. ¡Qué infamias, qué horrores amparan con su sombra las banderas políticas!... Mataron á mi padre los sectarios de aquel que no nombro, no puedo nombrarlo, capitán de asesinos y ladrón de honras. Con dificultad logré defender mi vida, que habría entregado también á la infame turba si no la necesitara para ir en socorro de mi madre, á quien pude salvar, llevándola hasta la frontera... De mi hermana supimos que murió á los dos meses de vergüenza y terror...

SUSANA. ✵ (Llorando le interrumpe). No sigas, ten piedad de mí.

BERENG. Mi casa y mi familia se hundieron para siempre.

SUSANA. No es tu apellido Berenguer.

BERENG. Es mi nombre. Berenguer de Claramunt...

SUSANA. Y olvidas que tu santa madre murió perdonando á sus enemigos. Ejemplo sublime que no has sabido imitar.

BERENG. Quiero, sí... Pero no tengo esa virtud... (Transición del abatimiento á la ira). Susana, huye de mí, te digo. Tu corazón, hermoso y sano, podría encontrarse con las serpientes que salen del mío... ¿Para qué me has hecho evocar estos recuerdos lúgubres?... En mí renace el espíritu de facción, ese sentimiento irresistible que todo lo arrolla, que nada respeta...

SUSANA. Yo no tengo espíritu de facción. Y como libre de esa locura, no me voy, no te dejo, no puedo abandonarte. Tu vida está en gran peligro.

BERENG. Déjala. Mi vida no vale tu interés por salvarla.

SUSANA. Sí lo vale, sí. Tu vida me importa mucho. Ya ves, soy más generosa que tú, y borro el pasado, lo arrojo de mí y abomino de él.

BERENG. Susana, te admiro; pero no puedo imitarte. (Con terrible lucha). Soy hombre; el hombre es esclavo del pasado.

SUSANA. Pues yo, mujer, vivo en el presente, mirando impávida el porvenir. Quiéraslo ó no, he de ser tu redentora.

BERENG. En mi vida, en mi destino, mando yo.

SUSANA. En todo eso mando yo, porque algo de eso es mío, ó debe serlo, y yo quiero, y Dios también quiere que lo sea.

BERENG. ¡Sublime criatura! ¡Cuánta grandeza en ti!... ¡Terrible sino el que de mí te separa!

SUSANA. (Con entusiasmo). Rompamos ese sino, hagámoslo trizas.

BERENG. Imposible. Es más fuerte que nosotros.

SUSANA. Pues yo te salvo, yo arreglaré que puedas salir de la plaza disfrazado antes de media noche.

BERENG. ¡Qué delirio! No puede ser. (Oyese la Ronda lejana; pífanos y tambores se acercan lentamente).

SUSANA. ¡La Ronda!

BERENG. Se cierran las puertas de la plaza.

SUSANA. ¿Pasan por aquí?

BERENG. Sí. (Mirando por el foro). Viene también tu primo con toda la plana mayor. ¡Retírate, por Dios!

SUSANA. Aguarda.

BERENG. (Muy inquieto). No, no... El escándalo sería tu perdición.

SUSANA. La mía no... la tuya.

BERENG. (Empujándola). Pronto.

SUSANA. Entraré en el hospital hasta que pasen esos... Pero con una condición.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Júrame por la memoria de tu madre que me aguardarás aquí.

BERENG. Bien. Te lo juro... Ya vienen; ya están aquí... Pronto.

SUSANA. Que me esperes.

BERENG. Sí, sí...

SUSANA. (Con solemne acento). Dios me ilumina. (Con gran tenacidad y energía). Quiéraslo ó no lo quieras, yo salvo tu vida... la compro, la gano, la robo, no sé... Porque es mía, tan mía como estos ojos con que te veo... y no me la dejo quitar, ¡no, no, no!... Contra cielo y tierra la defiendo. (De una carrera entra en el hospital. Pasa la Ronda. San Valerio aparece por la calle, y escabullándose entra en el cuarto de la derecha y se encierra, como esperando á que se despeje la escena).

ESCENA XI

BERENGUER y DON JUAN, que viene tras de la Ronda, seguido de varios militares. Berenguer avanza hacia la calle; encuéntrase frente al General, á quien saluda.

JUAN. (Deteniéndose al verle). ¡Ah!... Berenguer... ¿Ha empezado usted sus investigaciones?

BERENG. Sí, mi General... Pero hasta ahora no he podido descubrir más que uno.

JUAN. Quizás nos baste... Luego me dará usted cuenta.

BERENG. A media noche... (Continúa don Juan seguido de los militares por el foro de la derecha).

ESCENA XII

BERENGUER, SAN VALERIO y FABRICIO

BERENG. ¿Volverá hacia aquí? (Mirando al interior). Entra en el palacio de la Regencia... (Receloso, mirando al hospital). Aguardaré á Susana...

VALERIO. (Entreabre la puerta de su cuarto). Pasó la Ronda... Está solo... Espera á Susana.

FABRIC. (Avanza presuroso por el foro hacia Berenguer, á quien coge por un brazo). ¡Traidor!

BERENG. (Irritado). Suéltame.

VALERIO. (Avanzando hacia él. Cogiéndole por el otro brazo). ¿Y qué? ¿Te traerá esa niña loca los papeles de la Regencia, los poderes del Rey?

BERENG. (Secamente). No.

FABRIC. (Cogiéndole por el otro brazo). Si lo que ha hecho es denunciarse, desembuchando mil tonterías sentimentales.

VALERIO. ¿Qué has hecho?

BERENG. (Soltándose). Ceder al impulso de mi conciencia, que se

desbordaba. He revelado á Susana mi engaño. Nada he dicho del vuestro.

VALERIO. ¡Oh!... Pero el secreto y el peligro son solidarios... Infame, al denunciarte faltas á tu compromiso. (Le vuelve á coger del brazo).

FABRIC. ¡Miserable, así pagas nuestros beneficios!

VALERIO. Ante el cadáver todavía caliente de tu madre nos digiste: «Mi voluntad, mi vida os pertenecen.»

BERENG. Y por su santa memoria os digo ahora que no soy vuestro.

VALERIO. ¡Traidor!

BERENG. Dejadme, os digo, fieras, demonios ó lo que seáis... He revelado á Susana lo que me incumbía. Ni una palabra he dicho que os comprometa, ni la diré. Nadie sospecha de vosotros.

FABRIC. Es que tu conducta puede comprometernos...

VALERIO. Te creo capaz de delatarnos.

BERENG. Eso nunca. Moriría cien veces antes de decir una palabra en contra vuestra.

FABRIC. (Que ha mirado por la puerta del hospital). La niña vuelve...

BERENG. Dejadme solo...

VALERIO. Te acecharemos, y al menor indicio de traición... (Amenazante).

BERENG. Ya viene...

FABRIC. (Llevando á San Valerio detrás del esquinazo). Ocultémonos aquí.

ESCENA XIII

BERENGUER y SUSANA; SAN VALERIO y FABRICIO, ocultos.

BERENG. Vuelves al fin...

SUSANA. (Consternada). ¡Sí; vuelvo con el espantoso enigma descifrado!

BERENG. ¿Qué dices?

SUSANA. Ya sé la verdad. San Valerio y Fabricio son los traido-

res. Fingiéndose amigos entraron en la plaza para apoderarse de ella con un atrevido golpe de mano.

BERENG. ¿Quién te ha dicho eso?

SUSANA. Un pobre guerrillero moribundo... Esos locos sectarios han traido gente allegadiza, traidora como ellos, y derramando el oro, han corrompido á muchos de nuestros leales.

BERENG. (Vivamente: muy agitado). Eso no es verdad. El único traidor soy yo.

SUSANA. No te vale el acusarte. Eres inocente; pero aunque no lo fueras, yo haré que lo parezcas, y te salvaré.

BERENG. (Irritándose gradualmente). Te digo que no hay aquí más traición que la mía.

SUSANA. Los culpables son ellos, y ahora mismo los denunciaré á la Regencia.

BERENG. (Cogiéndola violentamente por una mano). ¡Susana!

SUSANA. (Queriendo soltarse). Déjame.

BERENG. No harás esa denuncia, Susana.

SUSANA. ¿Por qué?

BERENG. Porque te lo prohibo... No la harás.

SUSANA. Sí lo haré. Por ti nada temás. Respondo de facilitarte la fuga.

BERENG. No. Huyan si quieren San Valerio y Fabricio. Yo me quedo, y la responsabilidad de lo que ocurra después, caiga sobre mí. Yo pagaré por todos.

SUSANA. ¿Tú? Y me propones tal absurdo á mí, que te quiero, que... Berenguer. (Con vivo movimiento se suelta).

BERENG. No irás, te digo... (Con gran energía). No harás esa denuncia. Yo no quiero. (Intenta cogerla y ella se escapa, poniéndose á distancia). ¡Oh! Ven... aguarda... Susana. (Corre hacia ella y la coge ambos brazos).

SUSANA. Suéltame... lo haré... Sólo matándome podrás impedirlo.

BERENG. (Estrechándola fuertemente). Obedéceme... ¿No ves mi rabia?... ¿No temes que mi locura llegue al frenesí? (La oprime en un abrazo frenético).

SUSANA. Me ahogas...

BERENG. Sí... no te dejo, no... (Salen de su escondite San Valerio y Fabricio, y avanzan cautelosamente).

SUSANA. (Que les ve antes que Berenguer, y da un grito). Esos hombres...

VALERIO. (Aparte á Berenguer). Cumple tu deber si no quieres ser el más vil de los traidores.

FABRIC. (Idem). Mátala, ó estamos perdidos.

VALERIO. Que no salga viva de aquí.

BERENG. ¿Qué decís? (Suelta á Susana, pero queda junto á ella como protegiéndola).

FABRIC. (Sacando un puñal). Si no cumples tu deber como honrado patriota, esclavo de tu causa, lo cumpliré yo. (San Valerio hace ademán de sacar un arma).

BERENG. ¡Al diablo la causa! (San Valerio y Fabricio avanzan hacia Susana en actitud amenazadora). Atrás, fanáticos. Esta mujer es sagrada, y el que la ofenda sabrá quién es Berenguer de Claramunt. (San Valerio y Fabricio se sobrecogen ante la actitud resuelta de Berenguer). Perezca todo antes que ella. Vale más que todas las banderas, que todos los agravios y vindicaciones de este mundo y del otro... (Con fiereza). El que quiera ir al infierno, que se atreva á dar un paso. (Aparecen Oficiales y Soldados).

ESCENA XIV

DICHOS; DON JUAN, y su séquito; EL MARQUÉS DE TREMP, acompañado de otros personajes que permanecen en el foro.

JUAN. (Escandalizado). ¡Qué es esto! ¡Aquí Susana!...

MARQ. ¡Oh! ¡Qué ignominia!

VALERIO. (Sin saber qué decir). Ese infame...

JUAN. Berenguer, ¿eres traidor?

BERENG. (Con energía). Sí.

SUSANA. (Frenética). No, mil veces no.

BERENG. Lo soy.

SUSANA. ¡Mentira! (Señalando á San Valerio y Fabricio). Los traidores son aquellos... aquellos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARQ. Prendedles á todos. (Los Soldados se acercan á los conjurados).

SUSANA. Yo os revelaré sus infamias.

JUAN. Y las de Berenguer...

BERENG. Las mías...

SUSANA. (Denegando con desesperación). No, no; es inocente.

BERENG. (Concluyendo la frase). Las mías... las revelaré yo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en el cuartel de San Juan. Puertas laterales; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda comunica con la sala de armas. Al fondo puerta grande con verja, tras de la cual se ve otra estancia que comunica con la sala del Consejo. Bancos y tarimas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

BERENGUER, sentado á la derecha en un banco, meditabundo; á la izquierda, en otro banco, SAN VALERIO; junto á él, FABRICIO, dormido; BONAIRE, sentado en el suelo junto á San Valerio; BONALD. Guardia en la puerta.

VALERIO. (Impaciente y colérico, dándose un golpetazo en la rodilla). ¡Maldición de maldiciones!

BONAIRE. ¿Se impacienta el Gran Maestre?

VALERIO. Sí... y juro por las ternillas de Holofernes, que deseo llegar al fin, cualquiera que sea.

BONAIRE. Estamos lucidos. Y gracias que no os han metido en las mazmorras fétidas y oscuras. Están llenas de carne de cañón, los pobrecitos que formaban vuestro ejército revolucionario. A vosotros, los jefes, os han puesto en esta sala hasta que llegue la hora de comparecer